

RECONCEPTUALIZACIÓN DE LA SEXUALIDAD MASCULINA Y FEMENINA EN LOS ALBORES DEL NUEVO SIGLO

Dra.C. Alicia González Hernández,* Dra. C. Beatriz Castellanos Simons**



* Instituto Superior Pedagógico Enrique J. Varona

** Fondo de Población de las Naciones Unidas

ESTUDIO DEL PROCESO QUE CONDUCE A ENMARCAR, DENTRO DE LAS SOCIEDADES PATRIARCALES, EL NACIMIENTO DE UNA NUEVA ERA QUE CONTIENE COMO RASGO DISTINTIVO ESENCIAL LA RECONCEPTUALIZACIÓN —COMO MODIFICACIÓN CUALITATIVA DE LA SITUACIÓN DE LOS SEXOS MASCULINO Y FEMENINO Y SUS VÍNCULOS EN LA PAREJA, LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD— EN TODAS LAS MANIFESTACIONES DE LA SEXUALIDAD HUMANA, SOBRE TODO EN LA FEMENINA.

Resulta incuestionable para todo ser humano inserto en la realidad actual que la sexualidad masculina y femenina, desde el surgimiento de las sociedades patriarcales tradicionales, ha estado a lo largo de siglos rodeada de un conjunto de mitos, tabúes, prejuicios y estereotipos que le impedían, tanto al hombre como a la mujer, y en especial a ella, vivir esta importante esfera de su vida de forma auténtica, plena y feliz.

No obstante, esta triste realidad comenzó a cambiar sustancialmente a lo largo del pasado siglo, caracterizado por el surgimiento de un conjunto de factores que dieron origen a nuevas exigencias y nuevos roles en la vida personal, familiar, de pareja y social del hombre y la mujer.

Si bien la contemporaneidad en el campo de la sexualidad se comienza a gestar embrionariamente con las transformaciones económico-sociales, científico-técnicas y culturales ligadas a la Revolución Industrial, sólo a partir de cambios vertiginosos en estos mismos órdenes desencadenados durante la primera mitad de la pasada centuria debemos ubicar sus antecedentes inmediatos.

A pesar de que, desde las etapas iniciales de la Revolución Industrial se demanda cada vez más la incorporación de la mujer a determinadas esferas de la vida laboral —como mano de obra barata, claro

está— es en el siglo XX cuando, en el marco de las guerras mundiales y motivado por la escasez de brazos masculinos, se obliga a grandes masas femeninas a desempeñarse en las más diversas funciones laborales y sociales y a afrontar la dirección del hogar y la familia sin una figura masculina a su lado, como venía ocurriendo tradicionalmente.

De esta forma, sin ella proponérselo, comienza a ejercitar en el contexto familiar y social los roles instrumentales hasta entonces destinados sólo al hombre y prohibidos para su género.

En las décadas del sesenta y setenta, como cristalización de múltiples factores objetivos y subjetivos, se produce una transformación radical de los valores y modelos de comportamiento sexual, especialmente relativos a la proyección de la mujer, generadores de lo que se dio por llamar la revolución sexual.

Este conjunto de hechos y otros imposibles de enumerar en este breve espacio, nos condujeron a establecer, en estos años, el inicio de la etapa patriarcal contemporánea y la consecuente reconceptualización en todas las áreas de la vida sexual tanto del hombre como de la mujer, fenómeno que si bien explicamos más profundamente en nuestro libro *Sexualidad y géneros, alternativas para su educación ante los retos del siglo XXI*,¹ trataremos de resumir a continuación.



La sociedad moderna, cada vez más tecnificada y desarrollada, se enfrenta, en estas etapas como en ninguna otra antes, con la ineludible necesidad de elevar el nivel escolar y cultural de la mayoría de la población, incluyendo la femenina —aunque siempre en menor medida que el hombre—, a fin de lograr su articulación a los niveles crecientes de competitividad y eficiencia reclamados por la industria cada vez más tecnificada.

Esta misma sociedad, en sus requerimientos para incrementar hasta lo incalculable el consumo, descubre en el sexo uno de los recursos más efectivos para vender, para hacer más atractiva la oferta e incrementar la demanda.

He aquí el motivo fundamental por el cual las sociedades patriarcales tradicionales de carácter sexofóbico comienzan a acompañar los tabúes y prejuicios y las trabas sexuales ancestrales con un bombardeo de estímulos eróticos, que entre otras muchas consecuencias negativas convierten a la mujer de objeto de reproducción en objeto sexual.

Y, aunque en menor medida que ella, el hombre entra ahora en la vida pública, especialmente través de los *mass media*, también como modelo viril, erótico, de promoción en el mercado de los objetos de consumo.

Una imagen muy clara de la situación de la sexualidad en estas etapas nos la brinda Aller Atucha en su libro *Pedagogía de la sexualidad humana*² que, a nuestro modo de ver, se resume en la frase: «Sexo es primera plana, sexo es noticia.»

Los medios de difusión y muchos agentes sociales son portadores de este modelo. El género femenino, al estar presente cada vez más en casi todos sus mensajes y formar parte del mayor número de anunciadores y presentadores, se convierte aparentemente en protagonista de dichos medios.

La mayor presencia de la mujer no responde en modo alguno al deseo de reivindicarla y estimular su participación social, sino simplemente a dos motivos: primero, a través de la belleza de su cuerpo y asumiendo las posturas más eróticas, contribuye de manera decisiva a aumentar las ventas; y segundo, las encuestas comerciales demuestran que cada día más la mujer es la responsable de determinar cuáles son los artículos de consumo familiar y decidir cuáles adquirir en el mercado.

La imagen femenina irrumpe en los medios, pero el mensaje que se trasmite a través de ellas y sobre ellas, con un doble trasfondo, continúa siendo negativo, perjudicial. Se le presenta, en la casi totalidad de los casos, realizando funciones del hogar o de secretaria, asistente, maestra, enfermera u otras que tradicionalmente han sido consideradas como «propias de su sexo».

Ahora también aparecerá expresando sus recién reconocidas y explotadas cualidades eróticas, pero muy pocas veces asociadas a los roles instrumentales, ejecutivos. Tanto en la vida como en la representación de ésta en los *mass media*, estos roles siguen perteneciendo al sexo masculino.

Al respecto, la Annenberg School of Communication de la Universidad de Pensilvania, a partir de los resultados de veinticinco años de investigaciones en torno a la imagen del hombre y la mujer en la televisión en los Estados Unidos, señala:

[...] un niño que crezca viendo la programación infantil de las principales cadenas de televisión verá alrededor de 123 personajes cada sábado por la mañana, pero rara vez, o nunca, verá a un personaje femenino maduro como modelo de liderazgo.³

Marilyn Monroe, uno de los *sex symbols* más destacados y explotados por el cine en todos los tiempos, en entrevista realizada por la revista *Life* el 3 de agosto de 1962, dos días antes de su triste muerte, afirma: «Todos terminamos siendo criaturas sexuales, gracias a Dios» y agrega que «la sexualidad es atractiva cuando es natural».

Sin embargo, más adelante añade, al referirse al abuso en el celuloide del erotismo y otras cualidades femeninas, que en sus presentaciones cinematográficas «cada debilidad me la exageran».

Esta bella y sensible mujer, en la vorágine de un mundo de sexo cosificado y de incompreensión, a pesar de tocar los niveles más altos de la fama, pasó por profundas crisis nerviosas y estados de infelicidad que finalmente la condujeron al suicidio en el pináculo de su carrera.

Volvamos al tema centro de nuestra atención, la entrada masiva de la mujer en la vida laboral y su desempeño en este sentido no sólo se limitan a determinadas áreas, sino que en la mayoría de los países (incluso en muchos

desarrollados) reciben un tratamiento discriminatorio en cuanto a salario, participación en los puestos de decisión en la vida económica y política, beneficios en materia de salud y educación y otras posibilidades.

En un informe del Fondo de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)⁴ sobre la situación de la mujer al final del pasado siglo se expresa que «las mujeres son los pobres más pobres entre los pobres» al constituir 70 % de los mil trescientos millones de personas que viven bajo índices de pobreza.

Por otra parte, declara que la población femenina se mantiene «seriamente rezagada con respecto al hombre en cuanto a condiciones económicas y políticas», a pesar de que cada año éstas hacen un aporte «invisible» de once millones de millones de dólares a la economía mundial, casi la mitad del producto mundial que asciende a veintitrés millones de millones de dólares.

Al respecto, en el documento se destaca que «si se computara realmente en todos los países el rendimiento del trabajo de la mujer, se terminaría con el mito de que son los hombres los que mantienen el hogar».

No obstante, aun en esas condiciones se efectúan modificaciones trascendentales en la vida de la población femenina que marcan un ascenso en la situación de la mujer en todo el orbe.

Pongamos algunos ejemplos ilustrativos a partir de los datos arrojados en el propio documento del PNUD:

- los niveles de alfabetización de la mujer en el mundo se han incrementado en 66 %;
- sus expectativas de vida crecen en 20 % más rápidamente que las de los hombres;
- las tasas de fertilidad han caído un tercio;
- las tasas de mortalidad femenina se han reducido a la mitad;
- de 1970 a 1990 la brecha entre los sexos en materia de educación y salud se redujo a la mitad.

En estas esferas más que en otras se produjo un marcado desarrollo de la mujer en todo el mundo.

Las naciones que ocupan las categorías superiores en «desarrollo humano» del hombre y la mujer, medible a través de indicadores, como esperanza de vida, escalas educativas y poder

adquisitivo básico, son, entre los países desarrollados, Canadá, los Estados Unidos y Japón.

Por su parte, los países tercermundistas ubicados entre los veinte primeros con un mejor desarrollo humano y que a su vez presentan los índices más altos de «potenciación de la mujer», que evalúan su participación en la adopción de decisiones económicas y políticas nacionales, son Cuba, Barbados, Bahamas, Trinidad Tobago, Colombia, Guyana, Costa Rica y Panamá.

Al sur de Asia, región más pobre de ese continente en los últimos años de la pasada centuria, ha habido cinco mujeres jefes de Estado y en esa misma área geográfica las mujeres constituyen 90 % de la mano de obra para el cultivo de arroz.

En Sri Lanka, 49,6 % de los puestos de trabajo en los campos profesional y técnico los ocupan las representantes del sexo femenino. En Venezuela, 56 % de todo el trabajo remunerado y no remunerado lo efectúan mujeres.

Según el documento sobre el *Estado de la población mundial* de 2001, publicado por el Fondo de Población de Naciones Unidas (FNUAP), las mujeres representan más de la mitad (51 %) de la mano de obra agrícola en todo el mundo.

En Cuba, según datos del Centro de Estudios Demográficos,⁵ 61,7 % y 57,3 % del total de estudiantes preuniversitarios y universitarios respectivamente, son mujeres. El sexo femenino desempeña las labores de 41,4 % de los especialistas científico-investigativos; 47 % de los cargos administrativos; 48,4 % de los puestos de trabajo en las esferas de la ciencia y la técnica; y 69,7 % en los de finanzas y seguros.

Aún con los niveles evidentes de discriminación que continúa sufriendo la población de mujeres en todos los órdenes, se convierte en un trascendental suceso en la historia del género femenino este salto cualitativo —sin que sea aún el adecuado a sus necesidades y posibilidades reales— con respecto a las etapas precedentes.

Incluso en las peores circunstancias, las mujeres, cada vez más partícipes en la vida pública, comienzan de forma paulatina a modificar su modo de pensar, sentir y actuar y, en consecuencia, muchos hombres se ven en la necesidad de iniciar una transformación de sus actitudes hacia ellas.

Por otra parte, a lo largo de las últimas décadas se desarrollan los más efectivos e incluso económicos medios de contracepción, en muchos países al alcance de la mayoría de las mujeres, aunque en otros, especialmente del tercer mundo, siguen persistiendo preceptos sociales y religiosos de índole machista que les impiden a muchas féminas decidir libre y concientemente sobre el momento oportuno y el número de hijos.

No obstante, en casi todas las latitudes, progresivamente las mujeres están despertando del largo letargo en el que las tuvieron sumidas, lo que representa que ya comiencen a ser cada vez más dueñas de su vientre y puedan planificar consciente y responsablemente su descendencia sin depender de manera indispensable para ello del hombre.

Estas circunstancias y otras muchas imposibles de enumerar, son las que condicionan que, en las décadas del sesenta y setenta irrumpa la revolución sexual o, como se daba en llamar, el amor libre.

En estas etapas se gesta una ardua batalla contra la cosificación en el siglo xx, librada por hombres y mujeres por vez primera mano a mano. En un inicio fue a través de los movimientos hippies («Hacer el amor, no la guerra»), que proclamaban una sociedad libre en la que el amor también sería libre, de vuelta a la naturaleza; y, después, por las revueltas estudiantiles de mayo del 68 («Amaos los unos encima de los otros»), que sacudieron algunas de las principales universidades del planeta exigiendo un mundo más justo, sin desigualdades, incluso sexuales.

En los años siguientes se produce un fracaso temporal de estos dos momentos y se abren aún más las puertas al mundo de objetos, a la definición de los seres humanos según sus objetos y a la conversión de los hombres y las mujeres en objetos, lo que llevó a la civilización a un aparente callejón sin salida donde los valores son también objetos.

No obstante, en estas últimas décadas del noventa y de inicio del presente siglo comienza a producirse un conjunto importante de cambios materiales y espirituales trascendentales en la vida del hombre y la mujer, que abren una nueva era para cada uno de ellos.

A nuestro modo de ver, la revolución sexual eclosiona en las décadas del sesenta y setenta, pero no termina (como algunos autores afirman)

en los límites de esos momentos, sino que prosigue con nuevas cualidades en las del ochenta y noventa y en especial en el inicio del nuevo siglo (los datos que enunciarnos antes dan fe de ello), décadas en que cristalizan otros valores y se comienzan a despejar nuevos horizontes para la sexualidad masculina y femenina.

Como señalamos al inicio, todo este proceso nos condujo a enmarcar en estas etapas el nacimiento, dentro de las sociedades patriarcales, de una nueva era, que en contraposición a la tradicional denominamos contemporánea y que contiene como rasgo distintivo esencial el despegue de un proceso de reconceptualización en todas las manifestaciones de la sexualidad humana y en especial de la femenina.

¿Por qué reconceptualización? En sólo unos decenios, con respecto a varios milenios, la situación del sexo femenino y masculino y sus vínculos en la pareja, la familia y la sociedad, se han modificado cualitativamente de forma tal que si los tatarabuelos de las generaciones actuales, aun en los países menos desarrollados, pudieran asomarse a observar el comportamiento de hombres y mujeres, serían incapaces de creer lo que ven sus ojos.

Aun cuando la sociedad actual en esencia mantiene la fórmula estereotipada de Sexo Oficial: Matrimonial, Monogámico, Heterosexual y Reproductivo que definen magistralmente Atucha y Ruiz Schiavo,⁶ inherente a las sociedades patriarcales tradicionales, en la vida de uno y otro sexo desde lo más externo y superficial hasta lo más profundo de su subjetividad se han producido cambios importantes, imposibles de obviar.

En el atuendo y accesorios personales, en las formas de expresar los sentimientos y emociones, en las actitudes y modos de comportamiento, incluso de los grupos étnicos o poblacionales más conservadores y tradicionalistas, se pueden constatar los indicadores de las huellas dejadas por la revolución sexual y por el proceso de reconceptualización sexual al que dio origen.

Hasta hace apenas algo más de un siglo, al final de la época victoriana, profundamente puritana, la mujer estaba obligada a asumir las posturas más recatadas y «decentes» en el vestir y el actuar; cuando las más osadas y liberales se atrevían a disentir del modelo de «madresposa», pasi-

va, carente de erotismo, dueñas apenas del espacio del hogar, se convertían en objeto de escándalo y escarnio social. Hoy, en este mismo instante millones de mujeres trabajan, estudian, construyen con mayor o menor libertad su vida, su sexualidad y, en cierta medida, determinan por sí mismas los límites y espacios de su proyección personal y social.

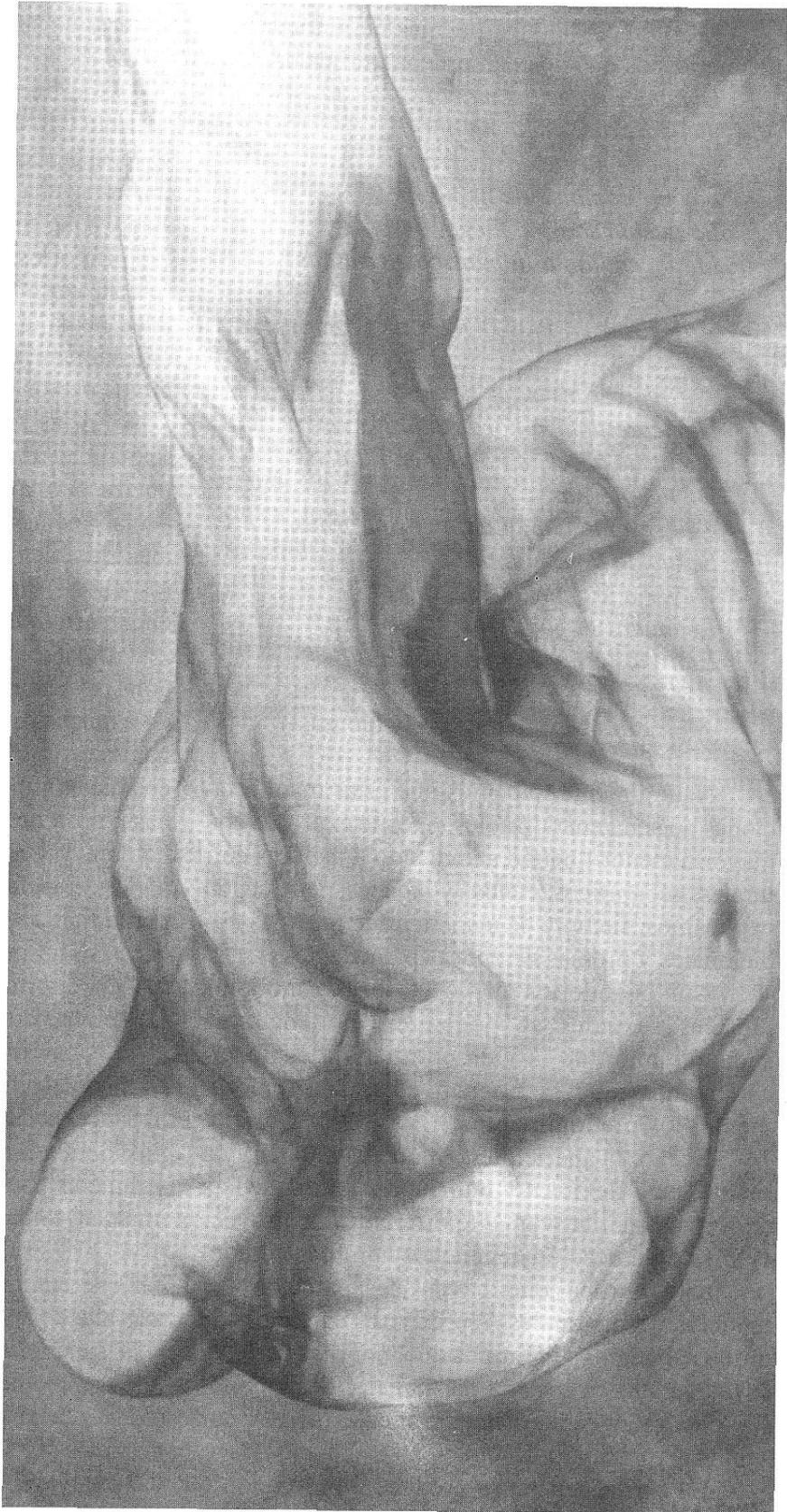
La sexualidad inicia su entrada en la vida de muchas personas, en particular del sexo femenino, de una forma diferente, nueva. Se comienza a descubrir paulatinamente el velo de culpabilización que la cubría; se abren nuevas maneras de valorar la conducta, el pensamiento y los sentimientos de ambos sexos.

Se permite a la mujer separar de manera consciente el placer de la reproducción y se le da la opción de elegir las formas de disfrutarla atendiendo a sus necesidades personales. Poco a poco entra a ganar espacios en la vida sexual desde la adolescencia. Se reivindica el autoerotismo y, en principio, se cuenta con el disfrute sexual activo de la mujer, antes y en el matrimonio, lo que le permite vivir más intensamente su sexualidad.

En todas las manifestaciones de esta etapa, se pone de manifiesto el rol erotizado que adquiere la mujer y las intensas vivencias que eso le puede reportar tanto a ella como al hombre. Se desencadena una verdadera fiesta de los sentidos, los que después de tan larga etapa de represión claman por alcanzar el goce a través de las más ricas y variadas formas de placer.

Al igual que en la etapa anterior, el arte y la literatura, como todas las formas de la conciencia social,

dan fe de esta renovación y en particular de la entrada del erotismo en cada una de estas manifestaciones.



Mostremos algunos poemas de autores latinoamericanos que nos dan prueba gráfica de ello:

*Déjame sueltas las manos
y el corazón; ¡déjame libre!
Deja que mis dedos corran
por los caminos de tu cuerpo.
La pasión sangre, fuego, besos
Me incendian a llamaradas trémulas*

PABLO NERUDA (Chile)

*Ah!: volver a visitar tu más
Húmedo lugar a horas imprevistas
Mientras abres la página en blanco
De tus piernas
Y tu sésamo que guarda el rojo fruto
Se ajusta a mi galope.
Volver a festejar los cuerpos.
Reanudar el goce
Entre la leche derramada del alba.*

JUAN MANUEL ROCA (Colombia)

Naturalmente, sabemos que estas manifestaciones no son generalizables, pues se expresan con mayor o menor libertad atendiendo a factores culturales, geográficos, étnicos y raciales, pero, según explicamos, siempre de manera diferente a las tradicionales y propias de épocas precedentes.

Aun cuando los nuevos valores y modelos morales sexuales se ponen en evidencia en cada situación de la vida cotidiana, desafortunadamente todavía no son éstos, ni remotamente, los predominantes.

Luego, la aparición de modelos para la vida sexual, más flexibles y humanos y su incidencia en formas cualitativamente diferentes de proyección y comunicación de muchos hombres y mujeres, no significa que hayan desaparecido los modelos tradicionales represivos, cargados de mitos, tabúes y estereotipos que, por otra parte, la sociedad aún en esencia patriarcal y desigualitaria, como tendencia, hace grandes esfuerzos por seguir perpetuando.

En consecuencia, se produce un profundo y constante enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, que agudiza las contradicciones y conflictos intra e intersubjetivos de la vida interna del hombre y la

mujer y de sus relaciones, y hace aún más cruentas las luchas generacionales.

Con frecuencia la mujer, con tal de lograr un presente y futuro promisorio en el contexto público, se ve en la necesidad de renunciar a la posibilidad de encontrar una pareja estable o se convierte en una madre sola, en la cabeza de un hogar uniparental.

En otros casos, la hostilidad social la conduce a su vez a asumir actitudes de rechazo y hostilidad hacia el género masculino, por considerarlo injustamente «culpable» de sus angustias e infortunios personales y sociales.

En las etapas del patriarcado tradicional, la sexualidad masculina y femenina entran en una guerra permanente, sin treguas, que en la época actual, mediante la aparición de modelos sexuales más flexibles para la mujer, introduce a los géneros en un nuevo campo de batalla, más sutil y encubierto, pero no por eso menos alienante.

Aparecen nuevas formas de rivalidad y antagonismo entre hombres y mujeres que han motivado a muchas mujeres a rechazar sus potencialidades naturales y a tratar de imitar, aún sin desearlo, las conductas y proyecciones mal llamadas «masculinas», a fin de ocupar los espacios tradicionales del hombre y quitarle la hegemonía social. ¿Se trata ahora de lograr arrancarles a los hombres, incluso por la fuerza, el cetro y la corona para, al recibirlos, hacernos nosotras las dueñas del «poder» y someterlos a la discriminación y el escarnio que nos tocó a las féminas durante siglos?

A nuestro modo de ver no es ésta la solución en modo alguno. Es indiscutible que no resulta fácil ni para el hombre ni para la mujer enfrentar transformaciones tan rápidas y radicales. Muchos hombres y mujeres confrontan estados de confusión que les impiden tomar conciencia de su nueva realidad material y espiritual, que les imposibilita comprender que entramos en una nueva época, en la cual, más allá de la falsa igualdad o la lucha por el poder y la superioridad, se imponen nuevos vínculos y roles simplemente de equidad y paridad en todos los órdenes de la vida, en los que cada uno alcance los máximos niveles de realización y expresión personal y colectiva, sin castrar o limitar los del otro sexo.

Los cambios que en los últimos tiempos se están desencadenando en la esfera sexual, no han eliminado la tendencia del género humano a estereotipar,

mitificar conductas y pautar de forma esquemática los «modos de ser y hacer». Así, al lado de los mitos y tabúes sexuales tradicionales han surgido otros modernos aparentemente «vanguardistas».

Pongamos algunos ejemplos:

- La virginidad es una «enfermedad» de la que hay que desembarazarse con rapidez y no cuando llegue el momento oportuno, que responda al arribo de la necesaria madurez de la mujer y su pareja.
- El matrimonio y la relación estable constituyen la «tumba del amor».
- La maternidad significa un estorbo que sólo trae problemas a la mujer y le impide su realización personal y social.
- Las mujeres son víctimas de los hombres, pues ellos son la causa de la casi totalidad de sus problemas.
- Los homosexuales son un azote que, a través del SIDA, están diezmando a la humanidad.
- El sexo es el motivo verdaderamente sólido que une al hombre y la mujer.
- Con el fin de ser libre, la mujer debe renunciar al amor.

Los mitos y tabúes ancestrales y actuales se encuentran y contraponen en este instante para continuar impidiendo la expresión libre y plena de la sexualidad de hombres y mujeres de hoy.

Las «nuevas» concepciones mitificadoras de la vida sexual, de igual forma que las precedentes, continúan perpetuando conflictos y angustias en la convivencia entre los sexos y la realización plena del hombre y la mujer. En fin, siguen siendo motivo de castración de la libertad de elección, que en esta esfera de su vida, al igual que en todas las restantes, tiene derecho toda persona con independencia de su sexo.

Ante la realidad de estos y otros muchos problemas, que en el ejercicio de su sexualidad con-

frontan *de facto* aún infinidad de seres humanos, se abren cada nuevo día en las últimas décadas más amplios y brillantes horizontes que los conducirán hacia alternativas más ricas y auténticas de expresión, realización y convivencia sexual: «La humanidad camina gradualmente hacia una auténtica liberación del sexo, o sea, hacia una verdadera personalización del sexo.»⁷

Es imposible predecir la magnitud de las futuras transformaciones a partir del momento en que, hombres y mujeres, lejos de continuar rivalizando como enemigos en una guerra que no iniciaron por voluntad propia, se coloquen en un mismo frente, se unan codo a codo para, en una fuerza prácticamente indetenible, luchar contra las verdaderas fuentes del poder y la marginación humana, tras la meta de una vida sexual y social plena y sustentada en el respeto a la diversidad.⁸ Una vida en la que no existan trabas para el libre ejercicio del placer, la alegría, el bienestar y la realización sexual, en la que el precio del disfrute de tales dones por las personas de un sexo no represente la represión para los del otro y en la que sean permitidas y respetadas las más diversas y ricas formas de expresar la sexualidad sin falsas restricciones de orientación y convivencia.

Sin embargo, tales transformaciones no son ni serán espontáneas; por tanto, deben acompañarse de un sistemático proceso de educación de una sexualidad libre de mitos, prejuicios y estereotipos sexistas que abran al hombre y a la mujer tantas alternativas de vivir su sexualidad de forma auténtica, plena y responsable como personalidades existan.

Ése es el más importante reto que debemos enfrentar en los inicios del nuevo milenio todos aquellos y aquellas especialistas que nos dedicamos al estudio y desarrollo de la sexualidad humana.

NOTAS

¹ A. González Hernández y B. Castellanos Simons: *Sexualidad y géneros. Alternativas para su educación ante los retos del siglo XXI*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 2003.

² L. M. Aller Atucha: *Pedagogía de la sexualidad*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1991.

³ M. Gallagher: «La mujer en los medios de difusión en el mundo actual», *Punto de Vista sobre la Mujer* (boletín), Naciones Unidas, abril, 1995.

⁴ *Informe del Fondo de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)*, 1998.

⁵ *Informe del Centro de Estudios Demográficos de Cuba*, 2001.

⁶ L. M. Aller Atucha y M. Ruiz Schiavo: *Sexualmente irreverentes*, Edição Comunicarte, 1994.

⁷ L. M. Aller Atucha: ob. cit. en nota 2.

⁸ A. González Hernández: «Una pedagogía de la diversidad y la equidad», *Varona*, La Habana, no. 26-27, 1998.